

LUIS OTERO

**Presidente de la Asociación Española de Catequesis (AECA).
Santiago de Compostela.**

«Es necesario un planteamiento serio de catequesis de adultos. Es mucho lo que nos jugamos en la catequesis de adultos. Y en este campo no debiéramos pensar solamente en esos adultos que ya tenemos en nuestras parroquias y quizá ya están trabajando en algunas acciones pastorales. Es necesario pensar, sobre todo, en los que viven en la increencia o lejanía de la fe»

1.

Tengo que comenzar que siento un poco de rubor a la hora de contestar a esta pregunta. Mis deseos son tan pobres y sencillos que no sé si vale la pena exponerlos públicamente. Para consolarme pienso que, muchas veces, lo sencillo es lo más valioso. Además, qué importa su valía. Son sencillamente los míos.

a) Que el Señor me conceda salud y gracia.

A estas alturas de mi vida, que ya camina cuesta abajo, le pido al Señor me conceda salud para poder continuar disfrutando de tantas alegrías como la vida y el trabajo pastoral me han proporcionado a lo largo de mis años. Y que siga acompañándome con su gracia para que pueda continuar ejerciendo mi sacerdocio con la mayor fidelidad al Señor.

b) Que el Señor conceda paz a mi familia

La familia es, sin duda, de las cosas que uno aprecia más en la vida. Por eso es lógico que dentro de mis deseos para el futuro ella ocupe un lugar destacado. Ciertamente podría pedir para mi familia muchas cosas, pero creo que todas ellas son secundarias a la hora de desear el don de la paz.

En un mundo tan conflictivo, pocos bienes mayores se pueden desear que vivir en una familia donde estén presentes los valores de la acogida, la amistad, la fraternidad.

c) Que el mundo vaya mejorando cada día

Cuando uno vive inmerso en el mundo y toma conciencia de lo que pasa en él, surgen de forma espontánea los deseos de que las cosas puedan mejorar. Es cierto que cuando uno compara la realidad con los deseos, la diferencia se hace inmensa. Es entonces cuando brotan, desde lo más profundo, sentimientos de rabia, dolor, rebeldía. ¿Cómo es posible que estemos en el año 2.000 y sucedan cosas tan trágicas para las personas y los pueblos? ¿Qué pasa en el corazón de los hombres para que seamos tan insensibles a todos estos sucesos? Ya sé que hemos mejorado mucho, pero aún queda mucho por hacer. Comprendo que no puede mejorarse todo de repente, pero mi deseo es que, al menos, las cosas, con el esfuerzo de todos, vayan mejorando. Y deseo esto pensando, sobre todo, en aquellos que lo necesitan de verdad.

2.

A la hora de responder a esta cuestión se me plantea la duda ante la posibilidad de elegir dos caminos. Uno consistiría en recoger los grandes planteamientos de la reflexión catequética actual y ponerlos como deseos y aspiraciones de futuro. El otro es realizar una atenta observación de la realidad y tratar de detectar las necesidades más profundas de la situación pastoral actual.

Después de reflexionar acerca de qué camino seguir, al final comprendí que los dos se entrecruzaban y llevaban al mismo objetivo. Por tanto desde mi experiencia como catequeta y desde mis estudios sobre esta materia, formulo de forma sencilla y breve mis deseos.

a) Prioridad de la catequesis

En la Iglesia de hoy se va tomando conciencia, cada vez más, de la necesidad de una profunda renovación pastoral. En los países tradicionalmente cristianos se fue generalizando la experiencia de la negación de la fe o el debilitamiento de la misma ante los avatares de los cambios sociales y culturales. Fijándonos en nuestro país, podemos decir que sociológicamente siguen siendo muy numerosos los que se consideran católicos. Pero esta afirmación se mantiene a base de rebajar notablemente los indicadores de lo que es ser católico.

Podemos, por tanto, decir que vivimos en una sociedad donde se está abriendo, cada vez más, la brecha del subjetivismo doctrinal, la permisividad moral, la ignorancia religiosa y el rechazo de Dios. Toda esta situación obligó a la Iglesia a plantear el paso de una pastoral de cristiandad a una pastoral de misión. Esta tarea fue formulada en clave de evangelización.

Quizá este análisis pueda dar la impresión de un pesimismo pastoral. Pero no es así. Es cierto que se acentúa la pérdida de la identidad de la fe, pero también vemos surgir una nueva búsqueda de Dios. En el hombre de hoy hay muchas "ventanas abiertas" a la trascendencia, a Dios. Esto exige estar atentos, saber bucear en lo profundo del hombre para descubrir esa hambre de Dios. Sólo en la profundidad y desde la profundidad del hombre se puede hacer surgir la pregunta por Dios. Aunque la superficie esté llena de maleza hay que ayudarle a superar esa corteza y pueda llegar a lo auténtico que todo hombre lleva en su anterior. Sólo así podremos empezar a hablarle de Dios.

Ante toda esta situación hay que afirmar con toda claridad que en esta pastoral de evangelización, la prioridad la tiene la catequesis. Poco se podrá realizar en la nueva pastoral de la Iglesia si no se concede a la catequesis la prioridad. En grandes tiempos de crisis de fe, es la catequesis quien

tiene que asumir su gran responsabilidad de educar en la fe. Así fue a lo largo de la historia de la Iglesia. Las mejores épocas coinciden con grandes educadores y con grandes acciones educativas. Por eso hay hoy muchos pastoralistas que afirman que el futuro de la Iglesia está en una buena catequesis. Y es lógico que sea así pues la catequesis tiene como finalidad poner los cimientos de la fe. Alguien ha dicho que sin una buena catequesis se corre el riesgo, en la pastoral, de actuar como quien se pasa el tiempo regando una maceta en la cual aún no se ha sembrado la semilla. Y sembrar esa semilla y hacer que crezca y dé frutos es tarea de la catequesis. Para que esto no se quede en una formulación vacía son necesarias algunos compromisos concretos:

1) Tener en cuenta la situación actual de los destinatarios.

Nuestros niños, jóvenes y adultos han cambiado mucho. Hoy viven inmersos en una nueva cultura, envueltos en la ignorancia religiosa o en una profunda indiferencia. Y ya no podemos responder con la catequesis de hace años. Creo tenemos que partir del convencimiento profundo de que estamos en un país de misión. Muchos que llegan a nuestras catequesis llegan sin fe o con ella seriamente deteriorada. A veces ni siquiera tienen los preámbulos de la fe. Por eso tenemos que plantearnos la catequesis en clave misionera.

2) Estructurar unos auténticos procesos de catequesis.

Es necesario, aún, superar muchas catequesis centradas en los sacramentos y no como procesos sistemáticos y serios. Unas catequesis mejor organizadas y programadas para los distintos niveles y coordinados en un buen proyecto global de iniciación.

Y dentro de estos procesos habría que destacar la urgencia de la prioridad de atención a los adultos. Llevamos tantos años proclamando esta necesidad y, sin embargo, continúa siendo la gran ausente de nuestras parroquias. Ellos son los que han sufrido más el impacto del cambio socio-cultural y, por tanto, la crisis de fe. Ellos son los que tienen en sus manos la educación de las futuras generaciones. Ellos son los que están

llevando a cabo la dirección de toda actividad política en los campos de economía, de la cultura... Ellos son los que debieran asumir las grandes responsabilidades de participación en las tareas de la Iglesia.

Y para que todo esto se pueda realizar con sentido positivo es necesario un planteamiento serio de catequesis de adultos. Es mucho lo que nos jugamos en la catequesis de adultos. Y en este campo no debiéramos pensar solamente en esos adultos que ya tenemos en nuestras parroquias y quizá ya están trabajando en algunas acciones pastorales. Es necesario pensar, sobre todo, en los que viven en la increencia o lejanía de la fe.

b) Presentar claramente la identidad cristiana

Si hoy se efectuase una sencilla encuesta sobre qué es ser cristiano, seguro que las contestaciones serían muy variadas y, quizá, hasta antagónicas. Haciendo un sencillo análisis de algunos tipos de creyentes que se dan hoy en nuestra sociedad podríamos afirmar que existen:

- Cristianos "sólo" creyentes: son cristianos que creen todo y bien. No tienen problemas en lo referente a la proclamación de su fe, pero después no son practicantes o su vida no se ajusta a los criterios del evangelio.
- Cristianos "sólo" practicantes: son aquellos que creen que cumplen como cristianos con sólo realizar unas prácticas o devociones piadosas. Pero quizá no siempre son conscientes de la fe que celebran o no son consecuentes con ella en la vida.
- Cristianos solitarios: viven su fe de una forma individualista. Sólo están preocupados de su relación con Dios, pero está ausente la dimensión comunitaria. No tienen relación con la comunidad eclesial o, a veces, hasta la rechazan expresamente.
- Cristianos "solo" militantes: afirman que lo importante en la fe es el compromiso, el ayudar al prójimo, la acción social y política. Pero, quizá, esa acción poco se diferencia de la de cualquier otro agente social o presenta serias deficiencias en las motivaciones que la promueven o la vida sacramental que la sostiene.

Ante esta situación la catequesis corre el riesgo, yo creo que es realidad, de responder también con objetivos reducidos y parciales. Y así tenemos catequesis excesivamente centradas en lo doctrinal, en lo litúrgico y oracional o en el compromiso social. Esto es un error que la catequesis está pagando, din duda, muy caro pues está llevando a distintos modelos de catequesis que se presentan cada uno como el auténtico, crean confusión en los destinatarios y producen no pocos conflictos entre los diversos agentes pastorales. La catequesis está orientada fundamentalmente a provocar la conversión a la fe y el desarrollo de todas las dimensiones que configuran la identidad cristiana. La catequesis ha de proclamar el acontecimiento salvador realizado en Cristo Jesús. La catequesis pretende invitar a hombres y mujeres a la conversión y a la fe que se expresan en la adhesión plena y sincera a la persona de Jesucristo y en la decisión de caminar en su seguimiento. La catequesis ha de ser consciente que su misión es entregar la fe de la Iglesia para que el catecúmeno se vaya insertando en ella. Una fe que en la comunidad es creída, vivida, celebrada y testimoniada.

En definitiva necesitamos una catequesis que forme adultos que, dando su adhesión a Cristo, realicen su seguimiento intentando cumplir la voluntad del Padre e, insertados en la comunidad eclesial, se comprometan a realizar el Reino de Dios en el mundo. Sólo así se podrán lograr creyentes capaces de vivir su fe en medio de esta sociedad.

c) Proclamar el evangelio como Buena Nueva

Es este otro de los grandes temas que están planteados hoy en la pastoral y en la catequesis. La Iglesia sabe que tiene como tarea fundamental el anuncio de la Buena Nueva del Evangelio. Y lo hace con la conciencia de que así ayuda al hombre y al mundo a encontrar el auténtico camino de la vida. Pero si hacemos un poco de reflexión podríamos hacer dos sencillas constataciones:

- Quizá no siempre la Iglesia ha presentado su mensaje con esa vertiente de Buena Noticia. A lo largo de la historia se han destacado aspectos donde estaban más presentes las dimensiones negativas. Seguramente

en muchos creyentes, y no creyentes, hay la sensación de que el mensaje de la Iglesia no favorece el sentido de felicidad, gozo y plenitud. Perciben que en él se presenta más lo negativo, lo prohibido, que lo positivo y liberador.

- Todo esto plantea serios interrogantes a la catequesis. Si ella tiene como finalidad transmitir el mensaje evangélico, tiene que preguntarse con toda sinceridad las características de ese mensaje. El evangelio es siempre "salvación", "felicidad", "plenitud" para el hombre. Pero para que sea así es necesario hacer un esfuerzo en una triple dirección:

Presentar el mensaje evangélico como luz y respuesta en plenitud a todas las inquietudes e interrogantes del hombre de hoy. La catequesis tendrá que bucear constantemente en el depósito de la fe para encontrar aquella palabra que pueda iluminar toda la problemática del hombre de hoy.

Intentar profundizar el estudio de ese mensaje para poder presentarlo de una forma comprensible para el hombre de la cultura actual. Profundizar para saber discernir en él lo que puede ser sustancia viva y perenne y lo que es producto de una circunstancial etapa histórica. Si no es así, se corre el peligro de que ese mensaje quede anticuado y desfasado.

Procurar verter ese mensaje en un lenguaje comprensible, utilizando aquellas expresiones que, sin desvirtuar el mensaje, puedan hacerlo más cercano e inteligible.

En un mundo como el de hoy que está tan lleno de mensajes provenientes de tantos maestros o profetas de la actualidad y del futuro, se necesita que la Iglesia presente, a través de la catequesis, el mensaje claro y siempre nuevo del evangelio de Jesús. Un mensaje que podrá después ser aceptado o rechazado pero que es comprendido en toda su integridad.

d) Preparar educadores

Llevar a cabo toda esta tarea no será posible sin unos buenos

educadores. La misión que tiene encomendada la catequesis es de una gran trascendencia y, por desgracia, hoy está en manos de educadores que, no siempre, tienen la preparación adecuada. Es cierto que todos ellos están realizando una labor muy meritoria en la que ponen todo su entusiasmo, buena voluntad y esfuerzo constante.

En este aspecto sería bueno destacar algunos puntos:

- *Necesidad de educadores laicos.* La catequesis es propiamente una tarea de laicos. Los sacerdotes tenemos múltiples ocupaciones que, en estos momentos, reclaman más directamente nuestra dedicación. Siempre, a lo largo de la historia de la Iglesia, la educación de la fe estuvo en manos de personas seglares. Y cuando no fue así, no fue siempre por falta de laicos sino por usurpación, por parte de los sacerdotes, de esta tarea.
- *Potenciación de la familia como educadora.* A pesar de las dificultades por las que atraviesa hoy, la familia continúa siendo una estructura básica en la educación cristiana. Por el hecho de haber dado la vida a sus hijos, los padres tienen la responsabilidad originaria e inalienable de procurar su educación cristiana. Sin embargo son muchas las dificultades que encuentra la familia hoy para ejercer este derecho y responsabilidad. Es necesario ayudarle de forma eficaz para que pueda realizar esta importante tarea. Todos debiéramos estar convencidos de que sin la aportación de la familia, la educación cristiana de las generaciones más jóvenes está gravemente deteriorada.
- *Preparar educadores de educadores.* Para que los catequistas y la familia puedan realizar adecuadamente esta tarea son necesarias personas que se dediquen a prepararles y acompañarles en el desarrollo de su actividad. Es aquí donde los sacerdotes y religiosos/as están llamados a realizar una estúpida tarea. Dedicar tiempo y esfuerzos a esta misión es una de las mejores inversiones pastorales.

3.

Son multitud las sugerencias y consejos que, en este momento, se agolpan en la imaginación. Pero también pienso que si fuese tan fácil aportar sugerencias, ya otros lo hubiesen hecho y así se habrían solucionado los problemas pastorales. Aquí habría que recordar el viejo dicho de que "es más fácil predicar que dar trigo".

Pero, puestos a aportar algunas sugerencias, opto por evitar dar una lista de pequeñas recetas y me fijo en dos o tres más de fondo y que, logradas, generarían un dinamismo de cambios.

• *Una Iglesia renovada*

La situación que vivimos actualmente con todos sus cambios y crisis es de gran calado, pues afecta a las raíces más profundas de las estructuras de la fe. Hoy no está en juego un aspecto más o menos importante de la pastoral de la Iglesia sino que la crisis actual llega a lo más profundo del acontecimiento cristiano. La pregunta radical es si "vale la pena" ser creyente hoy, si "tiene sentido" ser creyente en un mundo moderno y progresista.

Ante esta situación, la respuesta pastoral no puede ser parcial, la solución no se produce con unos cambios por importantes que estos sean. La realidad reclama una acción conjunta y profunda de toda la Iglesia. Es toda la Iglesia la que tiene que ponerse en actitud profunda de escucha de los "nuevos signos de los tiempos" y de humilde obediencia a la voz del Espíritu. Estos serían los dos puntos de apoyo para emprender, con seguridad y confianza, la empresa de una renovación profunda y poder así responder a su antigua y siempre nueva responsabilidad: anunciar a todas las gentes el evangelio de la salvación.

Será necesario que la Iglesia avive esta conciencia de renovación, hasta donde sea necesario, para poder "plantarse" en medio del mundo y ser luz y fermento de salvación. Sólo una Iglesia renovada, libre, pobre, dialogante, será capaz de presentarse ante el mundo de hoy como creíble y portadora de un mensaje de salvación.

- *Una estructura iniciática*

Son muchas, sin duda, las exigencias que se derivan de esa renovación de la Iglesia. Y todas ellas importantes para responder a las diversas situaciones pastorales. Pero si partimos de la idea de que el gran problema pastoral de hoy es la crisis de fe, la pérdida de la identidad cristiana, entonces tendremos que afirmar que el gran problema de la pastoral de la Iglesia española hoy es el de la iniciación cristiana.

Pero tendríamos que hablar de una iniciación muy distinta, en algunos aspectos, a la forma como se plantea en la actualidad: muy centrada en la infancia, desconexión entre catequesis y sacramento, sin continuidad en su proceso, sin continuidad en su término, sin coordinación entre los distintos agentes etc...

En el nuevo planteamiento de la iniciación cristiana habría que tener en cuenta las diversas situaciones de los catequizandos. Así tendríamos:

- *Una iniciación* (catecumenado postbautismal) destinada a los niños que son incorporados en los primeros meses de su vida en el misterio de Cristo y en la Iglesia por el Bautismo y siguen después un proceso catequético donde se insertan los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía.

- *Una iniciación* (catecumenado) orientada a personas no bautizadas ya sean niños, jóvenes o adultos, que se desarrolla mediante un proceso catequético que culmina en la recepción de los tres sacramentos de la iniciación.

En nuestra situación pastoral habría que reformar y mejorar la primera fórmula y poner en marcha la segunda. Así la Iglesia cumpliría, de forma más eficaz, su verdadera función de madre que engendra en la fe y cuida su crecimiento hasta su plenitud.

- *Una tarea conjunta*

Llevar a cabo toda esta tarea exige un compromiso serio de toda la Iglesia. La evangelización es obra de toda la Iglesia y, por tanto, todos han de sentirse responsables y comprometidos. Esta convicción exige superar dos grandes peligros que están presentes en nuestra pastoral: el excesivo clericalismo y la frecuente pasividad de los laicos. Esta ruptura de tareas

está aún, por desgracia, presente en muchos planteamientos pastorales. La nueva evangelización no será posible sin el compromiso serio de todas las fuerzas pastorales de la Iglesia. En este sentido, quisiera insistir en tres aspectos concretos:

- *Unión de todos los agentes pastorales.* Es necesario un trabajo conjunto de Obispos, sacerdotes, religiosos/as y laicos. Una colaboración estrecha de los diversos grupos, movimientos y asociaciones. Es esta una exigencia que no siempre se ve confirmada en la realidad y que lleva consigo pérdida de energías pastorales y, algunas veces, escándalo para los fieles.
- *Colaboración estrecha en los planes de pastoral.* En la Iglesia, es legítimo un sano pluralismo de acciones y actividades. Todo eso supone una gran riqueza y es manifestación de los múltiples carismas que el Espíritu siembra en la Iglesia. Pero también sería necesario una conjunción en aspectos básicos y fundamentales. Hoy es urgente que todos los planes converjan en el gran objetivo pastoral de la Iglesia hoy: el anuncio de Cristo.
- *Dar la prioridad a un laicado preparado.* En la pastoral de la Iglesia todos somos necesarios. Pero, dada la situación actual, quizá tengamos que afirmar que la evangelización es hoy, sobre todo, tarea de los laicos. Es cierto que hacen falta sacerdotes y ojalá el Señor conceda a su Iglesia abundancia de vocaciones sacerdotales y religiosas. Sin embargo, aunque así fuese, continuaría siendo cierto que sin los seglares no se podría llevar a cabo la gran tarea de la evangelización. Son ellos, los seglares, los llamados a hacer presente, de una forma más operativa y testimonial, el evangelio en medio de las múltiples situaciones de la vida. Hoy continúa siendo urgente aquel grito: es la hora del laicado.

* * *

Estas son las formulaciones a mis deseos y proyectos de cara al futuro. En mi ánimo está el poner de mi parte lo que pueda para que vayan siendo realidad. Os invito a también vosotros participéis en esta gran tarea. Hay sitio para todos.